

Homilía del 24 de Mayo de 2015

Los apóstoles de Jesús estaban reunidos en miedo en la sala superior con las puertas cerradas con llave y con cerrojo. Tenían toda la razón para tener miedo. Al fin y al cabo, su maestro quien habían seguido por tres años, había sido detenido, juzgado, y ejecutado en una de las maneras más horribles que podemos imaginar. La muerte por crucifixión, larguísima y agonizante, fue destinada a disuadir a cualquiera de seguir la forma de la vida del crucificado. Los apóstoles sabían que Pedro había sido identificado aunque lo negó que conocía a Jesús. Quizás aún más aterrador, sabían que uno de los suyos, Judas, había traicionado a Jesús. ¿Les traicionaría también?

De repente en esa sala apareció Jesús, quien inmediatamente les anunció la paz a ellos, les mostró su manos y costado para que supieran que era él. Otra vez les dijo, «La paz esté con ustedes.» Este tiempo quizás ellos podrían oírlo, y entonces dijo, «Como el padre me ha enviado, así también los envío yo», y sopló en ellos, diciendo, «Reciban al Espíritu Santo». Con estas palabras Jesús llamó a los apóstoles que estaban acurrucados en esa sala para seguridad a una vida peligrosa de proclamarlo como Mesías y Señor.

Cincuenta días más tarde, habiendo elegido un repuesto por Judas, los doce y unos otros discípulos, ahora llamado hermanos; María, la madre de Jesús y algunas otras mujeres, en total ciento veinte personas, esperaron y rogaron juntos como Jesús les mandó. No sólo los apóstoles pero todos recibieron la vida nueva en el bautismo por el Espíritu Santo en fuego y viento. Inmediatamente salieron la seguridad de la sala superior para proclamar las, Buenas Noticias. Esta gente que había tenido miedo ahora estaba arriesgando sus vidas—en las palabras del Evangelio, perdiendo sus vidas—para el Reino de Dios. Abandonaban la seguridad de puertas cerradas con llave para la seguridad del Reino.

Es fácil quedarse en un lugar seguro. Es fácil buscar y aferrarse a nuestra comodidad. Mejor que yo, ustedes saben lo difícil que es enfrentarse a un mundo hostil. Pero Cristo continuamente nos llama a salir fuera de la sala superior de nuestras vidas. Él continuamente nos llama a abrazar los desafíos del Evangelio, ya que sin la presencia y la dirección de Cristo por medio del Espíritu Santo, nuestras vidas se vacían y se deforman.

Un actor mexicano sobre quien leí por la primera vez hace sólo unos pocos años viene a mi mente. Su nombre es José Eduardo Verástegui Córdoba. Creció en un pequeño pueblo en México del norte, el hijo de un agricultor de caña de azúcar. Cuando tenía dieciocho años, dejó su casa para ir a México para ser un artista profesional. Como un cantante haciendo un tour del mundo, como un actor en cinco telenovelas altamente clasificadas, como un modelo

destacado en cientos de los forros de las revistas, como un actor en las películas, Eduardo pareció tenerlo todo.

Pensé que tenía todo [él escribió] Pero a la edad de veintiocho años, estaba muy confundido. Había trabajado para llegar a la cima de la montaña, y ahora que estaba allí, pensé que tenía todo, pero realmente yo no tenía nada. Estaba realmente vacío. Comencé hacer preguntas sobre muchas cosas en mi vida: «¿Qué tengo que hacer para convertirme en un verdadero hombre?» «¿Que es un verdadero hombre?» «¿Qué es felicidad?» «¿Dónde está Dios en mi vida?» Así que finalmente un día acababa de descubrir que estaba siguiendo el camino equivocado, y sólo de la ignorancia—mi fe católica no era el centro de mi vida porque no sabía mi fe bien. ¿Cómo puede usted amar lo que no sabe, o lo que cree que sabe pero lo que es una idea falsa? Así requirió todos estos años sólo para comenzar a aprender acerca de mi fe y acerca de muchas otras cosas

(“Catholic Digest,” May 2012).

Eduardo ha resuelto nunca trabajar en un proyecto que podría ofender a su familia, su fe católica, o su cultura latina. Con el fin de ser fiel a su resolución, él es el cofundador de una compañía de cine, Metanóia (una palabra griega que significa «arrepentimiento») y también fundó una organización sin fines de lucro llamada La Fundación Manto de Guadalupe, a fin de poner en práctica algunas de las enseñanzas de justicia social de nuestra fe católica—defendiendo vida desde la concepción a la muerte natural y ayudando a los pobres en las comunidades locales alrededor del mundo.

¿Qué este cuento tiene que ver con Pentecostés y la venida del Espíritu Santo? Justo esto. Dios nos viene a nosotros en la manera en la cual podemos recibirlo. Puede quitar nuestro miedo. Pero aún más importante, puede llenar el vacío en nuestras vidas si nos encogemos de miedo en una sala superior en Jerusalén o si estamos confundidos y vacíos en una sala superior de nuestra propia fabricación, puede dar a propósito y significación a nuestras vidas cuando nos damos nosotros mismos a él.

Cristo continuamente nos llama a salir de la sala superior de nuestras vidas. Él continuamente nos llama a abrazar los desafíos del Evangelio, ya que sin la presencia y la dirección de Cristo por medio del Espíritu Santo, nuestras vidas se vuelven vacías y deformadas. Hoy celebramos el Espíritu que nos da el poder para salir de nuestra zona de comodidad, para salir de nuestros lugares de seguridad, y para aceptar el desafío del Evangelio. Hoy oremos que podamos tener el valor para ser la gente de Pentecostés. Que nos abramos a la presencia de Dios hoy.